PATRICK DOVE. *The Catastrophe of Modernity. Tragedy and the Nation in Latin American Literature*. Lewisburg: Bucknell University Press, 2004.

El concepto de modernidad ha gozado de una presencia constante en las distintas reflexiones y debates sobre América Latina y, específicamente, sobre el rol de la literatura en la constitución de los estados-naciones modernos, sus ideologías y sus ficciones desde el proceso mismo de las emancipaciones nacionales. Dentro de esta constelación, *The Catastrophe of Modernity* de Patrick Dove busca hacer una contribución a la reflexión sobre el problema de la modernidad en la literatura latinoamericana del siglo xx, usando como matriz conceptual la relación entre la tragedia y la modernidad. En palabras de Dove, “[t]he central argument of this book is that the use of tragedy as a theoretical index affords new ways of understanding how literary expression reflects on and seeks to come to terms with societal catastrophe in Latin America” (11). De esta manera, Dove propone que la tragedia como modelo interpretativo permite abordar la idea de que lo estético “removed in principle from the concrete particular concerns and interests of everyday life, is uniquely able to reconcile political conflict, heal social antagonism and foment a sense of group unity or identification” (12). En otras palabras, el libro de Patrick Dove se interesa, como se interesó en su momento *Foundational Fictions* de Doris Sommer, en las estrategias literarias que la “ciudad letrada” construye en búsqueda de un consenso cultural y de un imaginario que, en última instancia, sustenta un proyecto de modernización. La originalidad del argumento de Dove respecto a esta corriente de la crítica latinoamericanista radica en la noción de “catástrofe”: los autores estudiados (Jorge Luis Borges, Juan Rulfo, César Vallejo y Ricardo Piglia) operan desde un concepto de modernidad que, según Dove, están “marked in advance by catastrophe”. Dicho de otro modo, la noción de modernidad que interesa a Dove tendría, según su argumento, dos facetas: “the fact of annihilation, or the process of violent clearing and reordering that paved the way for the modern nation-state” y “a new beginning associated with the promise of the Enlightenment project, in which modernity equals the advance of the spirit of political and cultural autonomy and social justice” (11). Dove, entonces, plantea que la manifestación del pensamiento de la modernidad que emerge de su corpus no sólo tiene la dimensión celebratoria de la modernización latinoamericana, sino que asume abiertamente y plantea una crítica explícita a lo que Julio Ramos llamó hace algunos años sus “desencuentros”.

Desde estas premisas, el libro de Dove se desarrolla en cinco capítulos: uno en el cual desarrolla el marco teórico y uno por cada uno de los autores estudiados. El capítulo teórico describe el rol que la idea de tragedia ha tenido en los debates teóricos europeos sobre la modernidad y traza una cartografía impresionante del concepto. Comenzando con el idealismo alemán (Hegel, Hölderlin y Schelling), pasando por trabajos clásicos como *El nacimiento de la tragedia* de Nietzsche o la *Introducción a la metafísica* de Heidegger y llegando hasta personajes como Jacques Lacan o Phillipe Lacoue-Labarthe, el recorrido teórico de Dove toca los distintos puntos en los cuales la tragedia ha sido retomada en el debate de la modernidad (en cuestiones como la ley, la muerte, la decisión y otros tropos centrales de lo trágico) y desarrolla un repertorio teórico al que se echará mano a lo largo de los análisis. Después de este desarrollo, la estrategia de Dove es elegir uno o dos textos centrales de los autores, relacionarlos con algunos textos fundamentales tanto de la

literatura latinoamericana como del debate crítico sobre la modernidad continental y, a partir de ahí, introducir el tropo de la tragedia.

El capítulo 2, de esta manera, plantea una lectura de “El sur” de Jorge Luis Borges como punto culminante de una tensión entre política y estética en la tradición argentina, donde este cuento representaría la crítica de una modernidad que se ha encontrado tensionada entre dos polos: el liberalismo cosmopolita y el nacionalismo tradicionalista, representados en este argumento por Sarmiento y Lugones respectivamente. Apoyándose fuertemente en los trabajos de Nicolás Shumway y, sobre todo, en *Borges, un escritor en las orillas* de Beatriz Sarlo, Dove plantea que la figura de Dahlmann es una revisión de las nociones identitarias emergidas de ambos polos y la forma en que la decisión final del personaje es una decisión ética, vía la idea trágica del destino, que expone la crisis de este orden simbólico nacional. El tercer capítulo, dedicado a *Pedro Páramo*, sigue una estrategia de lectura similar. Partiendo de la idea de un desencuentro entre el modernismo literario y la modernidad socioeconómica en el contexto del México posrevolucionario, Dove confronta la novela de Rulfo tanto con las tesis “compensatorias” de Octavio Paz y Carlos Fuentes (que, según Dove, representarían la idea de crear una alta cultura como forma de compensar el fracaso socioeconómico de la Revolución) como con el debate de modernidad y transculturación formulado por Ángel Rama. En esta ocasión, sin embargo, la tragedia (actualizada en el tropo de la búsqueda del padre) no tendría esta dimensión conciliatoria de lo moderno (algo implícito incluso en los argumentos de Rama), sino que resulta precisamente en la imposibilidad de conciliar dominadores con dominados y en la emergencia de lo que Dove llama el “Apocalipsis de la reconciliación”. El cuarto capítulo está centrado en *Trilce*. Utilizando el antecedente de Ricardo Palma y en diálogo con Antonio Cornejo Polar y los trabajos de Peter Bürger sobre la vanguardia, Dove se interesa aquí con la puesta en cuestión de nociones de mestizaje, tan centrales a la modernidad latinoamericana. El centro del capítulo recupera dos ideas: por un lado, la inviabilidad de identificar a Vallejo con una noción europea (eurocéntrica) de vanguardia debido a los procesos históricos específicos al continente y, desde el espacio de la tragedia, el trabajo que *Trilce* lleva a cabo dentro del tropo trágico del pensamiento y el desencuentro entre este y el ser. Finalmente, el último capítulo trae la reflexión a debates más recientes, planteando que el trabajo novelístico de Ricardo Piglia enmarca las temáticas relacionadas con la literatura posdictatorial (el trabajo de duelo, el problema de la justicia, etc.) en una forma trágica que plantea las limitaciones de la memoria colectiva. Las novelas de Piglia, sin embargo, son para Dove el punto de quiebre de su argumento: al demostrar que la tragedia resulta insuficiente para dar cuenta de la “escritura del desastre” emergida de la experiencia dictatorial, precisamente porque las coordenadas modernas utilizadas por los otros autores (especialmente la de nación) son desplazadas por una ruptura epistémica y un desplazamiento ideológico. De esta manera, la matriz cultural que emerge para el trabajo sobre el terrorismo de estado ante la decadencia de la tragedia es el Holocausto, algo que *Respiración artificial* trabaja muy detenidamente.

El libro de Dove, en suma, combina una tesis sumamente ambiciosa sobre la modernidad latinoamericana, una reivindicación de un tropo filosófico-literario, la tragedia, como indicador de los procesos de dicha modernidad y una lectura detenida de algunos textos claves de la producción literaria regional como sustento de dichos

reclamos. Es en la fuerza de este proyecto donde radican tanto las contribuciones como las limitaciones del libro de Dove. Sin duda alguna, el mayor valor de *The Catastrophe of Modernity* radica en la lectura detenida de los cuatro autores centrales en el libro. En cada uno de los casos, Dove sitúa muy eficientemente a los textos literarios en una constelación crítica que permite ubicar su lugar simultáneamente en las tradiciones de la modernidad nacional y latinoamericana y en los debates centrales sobre la cultura de la región de los últimos cincuenta años. Este ejercicio crítico, sin duda, es punto de referencia importante para lecturas sucesivas de estos autores, puesto que el rigor de dichas ubicaciones en el espacio literario latinoamericano permite una comprensión amplia del enorme peso que estas textualidades tienen en la figuración del imaginario moderno y las profundas implicaciones culturales y políticas que tienen tanto para el estudio del rol de la “ciudad letrada” en la articulación de los proyectos hegemónicos de modernidad como en la forma en que la literatura ha producido poderosas instancias críticas frente a dichos proyectos. Además, el recurso al repertorio de las discusiones de la tragedia en el marco de la modernidad europea ilustra muy acertadamente la manera en que las textualidades latinoamericanas se encuentran profundamente inmersas no sólo en las problemáticas de la modernidad regional sino en los tropos y preocupaciones más profundos de la modernidad occidental.

Es precisamente el enorme potencial de estas lecturas lo que hace que destaquen tan fuertemente algunas de las limitaciones del libro. Una de las primeras cosas que salta a la vista es que, en un libro que recurre a autores como Sarlo, Rama, Paz y Cornejo Polar, y que tiene una hipótesis fuerte sobre la idea de catástrofe en la modernidad latinoamericana, no existe una discusión fuerte sobre el problema de la modernidad periférica, más allá de afirmaciones autoevidentes en torno a la imposibilidad de aplicar directamente la noción europea. Esto resulta muy notorio precisamente porque si alguna conclusión podría emerger de las lecturas de Dove es precisamente el hecho de que esa marca de catástrofe de los discursos de la modernidad latinoamericana es consecuencia de ese carácter periférico y que los autores que trabaja el libro (el Borges “orillero”, Rulfo en contra de la modernidad celebratoria, Vallejo y su vanguardia peculiar) se ubican en el corazón del problema de modernidades otras, incompletas, alternativas, periféricas, heterogéneas, etc. Precisamente por esto, el libro deja fuera una pregunta que parecería ser medular a la reflexión que plantea: si la catástrofe se piensa como síntoma de una modernidad desencontrada ¿podemos construir el argumento de la catástrofe como concepto específico a la modernidad latinoamericana o es este concepto un problema en el centro de toda modernidad occidental, ilustrando el libro solamente una manifestación latinoamericana? La respuesta de esta pregunta sería fundamental para comprender la apuesta del libro de Dove: no queda del todo claro si el libro plantea una descripción fuerte de un proceso específico de modernidad latinoamericana o si se trata simplemente de una crónica de los encuentros y desencuentros de conceptos de la modernidad occidental en el ámbito regional.

Esta ambigüedad, me parece, se relaciona con el problema metodológico más fuerte del libro: si bien Dove es muy exhaustivo en su recorrido de los debates filosóficos de la tragedia en Europa y acude con cierta eficiencia a este repertorio crítico para la articulación de sus lecturas, su estudio deja fuera inflexiones de la tragedia directamente relevantes al

debate latinoamericano. Por un lado, el punto ciego de la vocación teórica de Dove le hace dejar fuera reflexiones latinoamericanas sobre el problema de la tragedia clásica y su vigencia en las discusiones culturales del momento. Para poner un ejemplo, el trabajo helenístico de Alfonso Reyes discute durante más de cuarenta años (desde un ensayo de 1908 titulado “Las tres Electras del teatro ateniense” hasta sus enormes tratados sobre cultura griega de los años cuarenta y cincuenta) la relevancia de la tragedia en la filosofía y la modernidad continental y durante la vanguardia. Es de todos sabida la influencia que Reyes ejerció nada menos que en Borges, uno de los autores centrales del libro de Dove. Por otra parte, Dove deja fuera también estudios sobre la función política y social de la tragedia en la cultura occidental, estrictamente contemporáneos a Borges, Rulfo y Vallejo, estudios que, además, tuvieron fuerte impacto en el ámbito literario latinoamericano: *Paideia* (1933) de Werner Jaeger y *La tradición clásica* (1942) de Gilbert Highet, por mencionar dos textos que gozaron de importantes traducciones al español. Con todo esto quiero indicar que si bien el libro utiliza los debates filosóficos de la tragedia con fines ilustrativos, su intento de reivindicar dicho tropo cultural como índice de lectura de la modernidad latinoamericana se ve debilitado por las inconexiones entre el marco teórico y los análisis críticos. Pareciera por momentos tratarse de dos cosas diferentes: Schelling y Derrida aparecen muy esporádicamente en los análisis y Lacoue-Labarthe, hasta donde pude ver, no es relevante más que en el capítulo teórico. En cierto sentido, el voluntarismo filosófico de entroncar con una tradición en el fondo europea y central socava la fuerza de un argumento cuyos puntos medulares radican finalmente en cuestiones de periferia y subalternidad.

Con todo esto, creo que el balance final de la lectura del libro de Dove apunta hacia una profunda virtud. *The Catastrophe of Modernity* resiste tanto el limitarse a una mera *explication de texte* como la tentación de una escritura más preocupada con la teoría en sí que por el trabajo crítico. Por ello, al evitar estos dos extremos, el libro salva algunos de los escollos más fuertes en un proyecto de esta envergadura y representa un movimiento crítico que restituye a la literatura latinoamericana poder explicativo y crítico en el marco de los debates centrales de los estudios literarios y culturales de la región. En este sentido, la recuperación de la noción de tragedia como síntoma de la catástrofe inscrita en los discursos de modernidad es una contribución al debate latinoamericanista que debe considerarse con detenimiento.

University of Pittsburgh

IGNACIO M. SÁNCHEZ PRADO